

CARTA DEL CONDESTABLE IRANZO AL PAPA SIXTO IV, DEFENSOR DE LA CRISTIANDAD Y PROPULSOR DE LAS ARTES

Por *Carmen Eisman Lasaga*
Profesora de Historia del Arte
Facultad de Humanidades de Jaén

RESUMEN

Agobiado por las continuas incursiones de los árabes hasta las cercanías de Jaén, de las que resultaban grandes daños, poniendo además en peligro sus fronteras, el Condestable Iranzo escribe, en 1471, una carta a Sixto IV recién nombrado Papa, pidiéndole ayuda económica para combatir esa amenaza.

Sixto IV fue, además de defensor de la fe cristiana contra los musulmanes, un decidido protector de las Artes. Ordenó la construcción de la que sería Capilla Sixtina y embelleció la ciudad de Roma.

SUMMARY

Overwhelmed by the continual incursions of the Arabs into the outskirts of Jaén, which caused severe damage and endangered its borders, High Constable Iranzo addressed a letter to Sixtus IV, recently elected Pope, in 1471, asking him for funding to fight that menace.

Sixtus IV not only defended the Christian faith against the Muslims but he also protected the arts decidedly. He had the future Sistine Chapel built and embellished the city of Rome.

EL *Memorial de diversas hazañas*, que es una crónica de los tiempos de Enrique IV ordenada por Mosén Diego de Valera tras el fallecimiento del rey Juan II, abarca el período comprendido entre los años 1454 y 1474. Enrique IV, llamado el Impotente, reinó en esas mismas fechas, con lo que la crónica se adapta perfectamente a los calamitosos años de su reinado.

De este *Memorial* nos interesan los momentos en los que Diego de Valera alude a las incursiones de moros en tierras de Jaén porque, debido a las mismas, que fueron además frecuentes y sangrientas, el Condestable Miguel Lucas de Iranzo en octubre de 1471 escribió una larga carta, pidiendo ayuda contra los infieles, a Sixto IV que recientemente había sido nombrado Papa como sucesor de Paulo II que acababa de morir.

La carta aparece inserta en los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*; por la significación que tuvo con los datos que aporta, así como por la importancia del pontífice a quien fue dirigida y por la emoción y el humanismo que destila, creemos conveniente transcribirla y comentarla aquí.

Al mismo tiempo que defendía con armas la frontera, Iranzo fue un protector de la cultura. Mandó crear una Escuela en Jaén y trajo de Sevilla un gramático al que pagaba para que enseñase, a las gentes que lo desearan, todas las artes liberales y muy especialmente la gramática, la retórica y la lógica, sin cobrarles dinero alguno «ca él ge lo pagaba por todos» (1).

Refiriéndonos ahora a Sixto IV, hay que decir que fue un ardiente defensor de la fe católica y, como tal, mantuvo luchas contra los turcos y los mahometanos en general. Impidió el avance del islamismo y este fue el motivo por el que Lucas de Iranzo confió tanto en obtener su ayuda para luchar contra los árabes. Ayuda que directamente nunca recibió.

Pero sabemos también que el Papa Sixto fue un decidido protector e impulsor de cualquier expresión artística en Roma. Y en esta doble faceta, desde estos dos ángulos de defensor de la fe y de mecenas de las Artes, vamos a realizar el presente trabajo que expondrá, como punto de partida, los motivos que dieron lugar a la famosa carta escrita por el Condestable.

Los motivos no eran otros que las continuas incursiones y correrías que los moros llevaban a cabo, llegando incluso hasta las puertas de Jaén. Pero si es cierto que los musulmanes hacían esas incursiones en tierras giennenses de cristianos, también lo es que estos últimos, con frecuencia, hostiga-

(1) *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, ed. y estudio por Juan de Matarrá. Madrid, Espasa-Calpe, 1940; pág. LIV.

ban a los infieles. En las crónicas de aquellos tiempos podemos comprobarlo. Así, en el *Memorial de diversas hazañas* leemos muchos ejemplos y, entre otros, sabemos que en el año 1455, siguiendo al rey Enrique IV, hicieron entradas en tierra de moros gentes de Jaén, Úbeda y Baeza (2). En la misma obra podemos leer igualmente que en 1458 Pedro Manrique, hermano del poeta Jorge e hijo de don Rodrigo Manrique, estando en el Val de Segura, rogó a su tío Dia Sánchez de Benavides, señor de la villa de Santisteban del Puerto, que le acompañase para hacer una incursión en tierra de moros. Juntaron cuatrocientos caballeros y seiscientos peones, entraron en Huéscar «y de allí sacaron los dichos caualleros una gran presa de vacas y bueyes, yeguas e moros, y a la salida quebrantaron una acequia por donde les venía el agua, que ellos con gran despensa auían fecho. En lo qual los moros rescibieron muy gran daño» (3).

Sucesos similares se observan leyendo los *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, crónica en la que se relata, entre otras cosas, cómo los cristianos de Jaén recibían mucho daño de los árabes que habitaban en la cercana fortaleza de Arenas, así como de los de Cambil y Alhabar. Entonces el Condestable decidió dirigirse al cerro de la Cabeza, un poco más allá de La Guardia, para mandar construir allí una torre o atalaya de vigía. Enterado también de que el castillo de Arenas estaba algo desprotegido de los moros, con el pretexto de inspeccionar el cerro en donde había de construirse la torre de vigía, el 20 de abril de 1462 salió de Jaén con seiscientos caballeros y dos mil peones. Llegó a Arenas al amanecer. La fortaleza no estaba tan desprotegida como le habían dicho y el combate fue feroz. Los hombres del Condestable escalaron los muros, quemaron dos puertas de las cinco que tenía el castillo y, a través de ellas, «se lançaron por el fuego adelante; por manera que todo el calçado de los pies abrasaron, y después venían los dedos quemados de fuera» (4). Unos diez días después de esta incursión en Arenas, los de Jaén se dirigieron a los lugares de Cambil y Alhabar (5) en donde pelearon bravamente contra los moros que habían sali-

(2) DIEGO DE VALERA, Mosén: *Memorial de diversas hazañas*, ed. y estudio por Juan de Mata Carriazo. Madrid, Espasa-Calpe, 1941; págs. 11-12.

(3) *Ibid.*, 49-50.

(4) *Hechos del Condestable...*, págs. 76-77.

(5) El lugar, en árabe, se llamó Hisn Qanbil. El pueblo se halla en una profunda hoz con dos altas rocas sobre las que se erguían, en una el imponente castillo de Cambil, y en la otra el de Al-Alhabar que ya no existe. Ambas fortalezas aparecen citadas en la Crónica de Alfonso XI como «las dos de las grandes fuerças e seguras que ay en todas las Españas». La conquista definitiva de estas dos plazas se llevó a cabo en septiembre de 1485 bajo el reinado de los Reyes Católicos. Fue el último refugio moro en la provincia de Jaén.

do al campo para enfrentarse a los cristianos. Estos últimos, a lanzadas, los obligaron a replegarse dentro de los muros, matando a muchos árabes; rompieron los palenques y las cavas, destruyeron parte de las murallas, quemaron los sembrados y talaron las huertas «en manera que no les quedó cosa verde ni seca» (6).

Si esto hacían los de Jaén, los moros tampoco se estaban quietos. Así, sabemos por el libro de Mosén Diego de Valera que en el año de 1468 el rey de Granada juntó novecientas lanzas y seis mil peones escogidos y, acompañado de sus capitanes, se dirigió contra Úbeda y Baeza, ciudades en las que hizo grandes destrozos, llevándose además muchos prisioneros y animales.

Después los moros se pusieron en marcha hacia Quesada para atacarla por sorpresa. Pero enterado de estos planes el Adelantado de Cazorla y Conde de Buendía, don Lope Vázquez de Acuña, juntó rápidamente cien caballeros y cuatrocientos peones y entrando sigilosamente en Quesada antes de que llegasen los moros, organizó la defensa de la plaza, de acuerdo con el alcaide de la misma, don Alonso de la Peñuela. Allí los esperaron junto con los habitantes del lugar. Cuando los enemigos llegaron, los cristianos hicieron tal destrozo entre las tropas del rey de Granada que éstas se vieron obligadas a huir. Los defensores de Quesada se quedaron con un botín de trescientos caballos y muchos prisioneros. Dice Diego de Valera que en la pelea destacó el joven de dieciséis años Fernando de Acuña, hermano del Adelantado de Cazorla. También tomaron las armas y ayudaron a los soldados muchas mujeres de Quesada, «e fállase que entre éstas fue una que vido estar syete moros en la concavidad de una peña, e con una lança en la mano fue sola a pelear con ellos, e los prendió, e traxo a todos» (7).

Pasadas tranquilamente las fiestas de la Navidad de 1470, el 29 de enero de 1471 salieron de Jaén varios hombres del Condestable y observaron movimientos de tropas musulmanas que se dirigían a la *Torre del Campo*. Descendieron los de Jaén hacia la cueva de *Sabucar* y por allí se les juntó Alonso del Barco con veinticuatro soldados más. Como entre todos ya se habían reunido hasta setenta y un hombres, fueron en busca de los moros que, entre caballeros y peones, sumaban cien. Se entabló la pelea por sorpresa; los de Jaén mataron a cuatro moros y veinte caballos, y se escondieron rápidamente, poniéndose a salvo.

(6) *Hechos del Condestable...*, págs. 77-78.

(7) *Memorial de diversas hazañas*, págs. 151-152.

Pocos meses después, don Alonso, señor de la casa de Aguilar, llegó a la *Torre de don Ximeno* y envió una petición al Condestable Iranzo para que se entrevistara con él; recibió la contestación de que se fuese con toda su gente «al castillo de Locouín, porque ally, o çerca de ally, el señor Condestable se juntaría con él» (8).

Tras esto, en el mismo año de 1471, Miguel Lucas de Iranzo salió de Jaén el día 13 de mayo con mil doscientos caballeros y cinco mil peones, y avisó también al alcaide don Pedro de Escavias, quien partió de Andújar con doscientos caballeros y mil peones. Desde Locubín se les unió don Alonso de Aguilar y todos se juntaron en los alrededores de *Montexícar* en donde lucharon duramente por conquistar la plaza contra el rey moro de Granada que además estaba siendo ayudado por algunos cristianos, como los hijos de los condes de Cabra que habían llevado quinientos caballeros y dos mil peones, los que, sumados a los tres mil caballeros y cincuenta mil hombres de a pie con que contaba el rey musulmán, componían un imponente ejército.

Ante pelea tan desigual, después de luchar todo el día y toda la noche, los hombres del Condestable, del alcaide Escavias y de don Alonso tuvieron que abandonar el cerco y regresar a sus lugares, trayendo muchos heridos y habiendo dejado muchos muertos.

Desde este momento van a menudear las incursiones de los moros de Granada en tierras de los cristianos giennenses. El 29 de septiembre de 1471 los moros arrasaron dos lugares, «al uno dellos dicen Santiago y al otro la Figuera de Martos, que están a una legua de la villa de Porcuna. Los quales fueron entrados y robados y quemados de todo punto, y presos y muertos los onbres, mugeres y niños que en ellos avía; saluo algunos que en una torre de la dicha Figuera se salvaron.

»Y no perdonaron algunos onbres y mugeres que a la yglesia se retrayeron, ni a un clérigo que reuestido estaua; que tantas y tan grandes feridas les dieron en las caras y por todo el cuerpo, que no era persona que a la ora los vido ninguno pudiese conosçer» (9). Además de todo esto, se llevaron cuatrocientos cautivos, entre hombres, mujeres y niños, y muchísimo ganado.

Enterado de tales sucesos el Condestable, que estaba en Jaén, cabalgó hasta Martos con un poderoso ejército, pero allí le dijeron que ya los mo-

(8) *Hechos del Condestable...*, pág. 463.

(9) *Ibid.*, 467-468.

ros se habían vuelto a su tierra. Envió rastreadores que siguiesen sus huellas, pero fue en vano, «y así el señor Condestable se boluió para la çibdad de Jahén, cayendo muy espesas lágrimas de sus ojos por el grand dolor que de los cristianos muertos e captiuos avía, e por no podellos remediar ni más socorro dar» (10).

Con todos estos antecedentes, y ante la dificultad de seguir conteniendo las tropelías de los moros de Granada a los que ayudaban algunos cristianos, Lucas de Iranzo decidió escribir una epístola a Francesco della Róvere, recientemente nombrado Papa con el nombre de Sixto IV, como sucesor de Paulo II muerto en la noche del 26 de julio (11).

La carta que nos ocupa lleva la fecha del 15 de octubre de 1471, o sea, que fue escrita dos semanas después de la última incursión que acabamos de mencionar. Sixto IV había accedido al pontificado el día 9 de agosto, dos meses antes de que le escribiera el Condestable.

Este año trajo muchas calamidades y tribulaciones a Paulo II, aparte de su muerte, ya que por aquel entonces se extendía peligrosamente el poderío de los turcos y del Islam en general; además se habían desatado turbulencias en el centro de Italia. Había fricciones con Florencia y Venecia. Pero ni en Italia ni fuera de ella se advertía síntoma alguno por aprestarse a defender la Cristiandad, aunque el Papa había mostrado ciertos deseos y había realizado preparativos para emprender una campaña contra los enemigos de la fe católica. Por otra parte, la muerte de Paulo II desató ciertos rumores acerca de su ostentosa vida. Ludovico Pastor nos cuenta cómo murió. Tras celebrar un consistorio de seis horas en la mañana del 26 de julio, el Papa comió en el jardín con la cabeza descubierta «dejándose llevar con algún exceso de su afición a los melones y otros manjares difíciles de digerir. Hacia la primera hora de la noche se encontró mal... Una hora más tarde "su camarero" oyó llamar a la puerta del dormitorio y corriendo allá encontró al Papa medio muerto y con la boca llena de espuma». Inmediatamente colocó al enfermo en un asiento y salió a buscar auxilio pero, al regresar, Paulo II había exhalado el último suspiro. «Su muerte había sido causada por un ataque de apoplejía» (12).

(10) *Ibid.*, 469.

(11) En el *Memorial de diversas hazañas*, pág. 192, se dice por error que Paulo II murió en el mes de agosto.

(12) PASTOR, L.: *Historia de los Papas*. Barcelona, Gustavo Gili, 1910; t. IV, págs. 168-174.

El aparente descuido del Papa, que fue sin duda amante de la paz, y la desidia de otros gobernantes cristianos por defender la fe católica ante el avance islámico es lo que había hecho exclamar pocos años antes a Rodrigo Sánchez de Arévalo: «¡Oh ceguedad del espíritu humano! Los príncipes católicos ven cómo los infieles amenazan con el incendio de todo el Imperio, mientras ellos siguen disputando sobre los reinos; ven con sus propios ojos la ruina de todos los fieles, mas todos siguen luchando, como dijo por escarnio el otro pagano, no por la salvación, sino por el gobierno» (13).

En el capítulo LXIII de su crónica nos cuenta Mosén Diego de Valera el fallecimiento de Paulo II de distinta manera, adobándola con algunos tintes sombríos e infamantes. Fue una muerte, dice, «no vista semejante en el mundo fasta entonçe, el qual mucho favorecía a rey don Enrrique y encobría sus errores. La maravillosa muerte del qual dio testimonio de su torpe vida. El qual quando vivió sienpre se exercitó en cosas vanas, y en juegos, y en buscar las figuras de las monedas de los tiempos más antiguos, y en mirar sus tesoros e piedras preçiosas, en lo qual sienpre contenplaba. E procuraba tener çerca de sí nigrománticos e fechizeros.

»El qual, como fuese muy hermoso de gesto, e de cuerpo muy grande y muy sano, sin enfermedad alguna, la noche que murió fue fallado en su cama tan pequeño e tan flaco, e como de un moço pequeño de diez o doze años, todo consumido, e ferido el rostro e la cabeça en muchos lugares, e los huesos de tal manera como si fuesen quemados en fuego. El qual se afirma tener en un anillo un espíritu familiar, por el qual muchas cosas sabía.

»Sólo esto fizo bueno en su pontificado: que recobró algunos bienes del patrimonio de la Iglesia, que tiránicamente eran tenidos por algunos.. E sucedió en su lugar Sixto quarto, frayle de san Francisco, antes llamado Francisco de Ona (?), ginovés, maestro de Santa Teología» (14).

Sin embargo, el cronista de Viterbo afirma que «el Papa Paulo II fue un varón justo, santo y pacífico, y en todas las partes de sus Estados se disfrutaron los beneficios de su buen gobierno». Este es el sentir general. Diga lo que sea Mosén Diego de Valera —y desconocemos sus oscuros motivos—, no tenemos más remedio que afirmar con Ludovico Pastor que

(13) Sánchez de Arévalo (1404-1470), teólogo, pedagogo e historiador insigne, fue un precursor del humanismo. Escribió el *Speculum vitae humanae*, *De Monarchia Orbis* y la *Compendiosa historia hispánica*. Se mantuvo en la línea de Fernando de Córdoba y de Alfonso de Cartagena.

(14) *Memorial de diversas hazañas*, págs. 191-192.

Paulo II, amante sin duda del boato y del lujo, poseyó incuestionablemente una buena índole de gobernante católico, una ardiente fe y unas positivas virtudes encaminadas a los más nobles designios.

Cuando subió a la silla pontificia el Papa Sixto IV, su primer empeño fue dar la batalla a los infieles, consciente del peligro que entrañaban los musulmanes para el mundo cristiano. Porque además de la invasión árabe en nuestra Península, el Islam penetraba hasta la Estiria, a través de Croacia.

Así que desde el mismo instante de su nombramiento ocurrido en la mañana del 9 de agosto de 1471 en la que Francesco della Róvere tomó el nombre de Sixto IV por haberse iniciado el cónclave el día de la fiesta del Papa Sixto II, el nuevo pontífice inició las gestiones para atajar el peligro que suponían los enemigos de la Cristiandad. Con tal propósito, el 23 de diciembre, en consistorio secreto, fueron nombrados cinco cardenales que visitarían diversos países de Europa para estimular la nueva cruzada contra el Islam.

Bessarión fue enviado a Francia, Borgoña e Inglaterra; Marco Barbo a Alemania, Hungría y Polonia; Rodrigo de Borja e España; Ángelo Capránica a Italia; Oliverio Caraffa mandaría la escuadra. Y aunque en general estas gestiones, una vez realizadas, no dieron el resultado apetecido, el nuevo Papa había demostrado, como siguió desmostrándolo después, que se constituía en paladín de la fe católica (15). Debo añadir aquí que en dicha embajada no consta que el Papa hubiera enviado, por conducto de Borja, ningún tipo de remedio a la carta que con tanto celo y urgencia le había escrito el Condestable Iranzo en el mes de octubre. Tampoco sabemos que le llegase ninguna respuesta por cualquier otro conducto. Lo que sí sabemos con certeza es que el cardenal legado Rodrigo de Borja, que era español y que sería elegido Papa veintiún años más tarde, el 11 de agosto de 1492 con el nombre de Alejandro VI, cuando vino a España con la misión antedicha, traía una bula expedida el 1 de diciembre de 1471 por Sixto IV legitimando el matrimonio de los entonces príncipes Fernando e Isabel a petición de ellos mismos, y legitimando igualmente a la hija de ambos. Todo esto fue debido a que por aquel entonces el funesto rey Enrique IV había pregonado públicamente en la Audiencia de Medina del Campo, y asimismo en otro manifiesto que envió a todas las ciudades, que el matri-

(15) Se sabe que Sixto IV, entre 1471 y 1472, había empleado en esta causa la cantidad de 144.000 escudos de oro. Reunió una flota de 82 galeras con las que lucharon contra Usun Hassán en la costa sur del Asia Menor. Conquistaron Esmirna, pero en julio de 1473 la suerte comenzó a favorecer a los turcos.

monio de los que luego serían Reyes Católicos había sido nulo por falta de cierta dispensa (16).

Como se estaba ya extendido por todo el mundo cristiano la fama de Sixto IV como defensor de la fe católica contra la islámica, según acabamos de decir, desde el mismo instante en que fue elegido el nuevo pontífice, don Miguel Lucas de Iranzo —agobiado por tanta lucha y tanto gasto— se adelantó a solicitarle ayuda de gente y de dinero que sirviesen de remedio para que no se perdiese aquella frontera tan hostigada por los musulmanes. Con tal propósito dirigió a Sixto IV, desde Jaén, la siguiente carta que transcribo completa y en la que se vuelcan todas las zozobras y todas las esperanzas del Condestable:

«Santísimo e muy bienaventurado
padre y señor:

»Vuestro muy omill y obediente sieruo el Condestable de Castilla, con la mayor reuerençia e deuoción que puedo, beso los muy bienaventurados pies de Vuestra Santidad, a la qual plega saber que tan grande fue la gloria que senty en oyr la nueua de vuestra santísima creaci³n en soberano perlado y príncipe de la Yglesia, por nos aver Dios nuestro señor tan marauillosamente proueydo, y a tienpo de tan sobradas nesçesidades, de un tan perfecto y clementísimo padre, de un tan virtuoso y sapientísimo señor, para el bienaventurado regimiento, para el reparo y conseruaci³n de la cosa pública de Cristo, que por ninguna escriptura yo la pienso poder significar.

»Quanto más después que por algunos ya fui más ynformado de la soberana sapiençia para ordenar, de la perfecta virtud para en obra poner, en que a todos los mortales Vuestra Santidad sobrepuja. Por donde paresçe que muy dignamente por el santísimo Paulo, de felicísima recordaci³n, predeçesor vuestro, a la dignidad del cardenaladgo, y no a suplicaci³n de príncipe alguno mas de su propio motiuo, fuestes ensalçado. Y menos por yndustria humana, mas por obra del Spiritu Santo, con tanta unidad y marauillosa concordia del sacro colegio de los reuerendísimos cardenales, en sobrerano príncipe de toda la cristiandad tan bienaventurada y canónicamente fuestes elegido (17).

(16) Para más noticias sobre este asunto, véase LAFUENTE, M.: *Historia general de España*. Madrid, Mellado, 1852; tomo 8, págs. 497-499.

(17) No existió tal concordia maravillosa ni unidad del Sacro Colegio. Entre los aspirantes sobresalían los cardenales Orsini y Estouteville quienes, antes de la elecci³n, ya estaban prometiendo prebendas y cargos a quienes los votasen. Pero fueron Calandrini y Róvere los que obtuvieron en el primer escrutinio mayor número de votos, siendo elegido Papa, finalmente, este último.

»Faga por ende gracias a la santísima religión cristiana al ynmortal diuino Espíritu, como a prinçipal disponedor y maestro della, por el tan grand benefiçio que dello resçeibir espera. Alégrese la Yglesia por la bienaventurada subida de Vuestra Santidad en la cumbre soberana de la mayor perlaçia. Festejen los cristinos prinçipes, porque se fallan arreados de un padre tan santísimo. Esfuérçense los caualleros, y aquéllos espeçialmente que por defender la cristiandad padesçen los grandes peligros, pues han llegado a tienpo de alcançar tan diuino perlado e tan grand çelador de la onrra de Cristo. Que desta causa, yo, entre los otros, santísimo e bienaventurado Padre, en vuestra soberana virtud me oso tanto esforçar, a que no sin esperança grande a ella reclamo.

»Sabrá Vuestra Santidad que doce años puede aver, o bien poco menos, que por seruiçio de Dios, ensalçamiento de su fe, defension desta frontera, acordé no solamente desterrarme de la corte del rey mi señor, y de los grandes faouores que en ella tenía, mas venirme de asiento a beuir a esta çibdad, do tantos, tan grandes y continuos daños facien los moros, a que ningund capitán, sin grand pena y temor, la osase tomar en cargo. Y estaua ya la gente tan acostunbrada a ser vençida, y tan desanparada desfuerço de capitanes, que ya desesperauan de se poder defender. Y aquesta çibdad perdida, perdiase quasi toda esta tierra; que sola ella es el escudo que defiende por esta parte lo más del Andalucía.

»Vine yo a me poner, como algunos dixieron, en los cuernos del toro. Mas plugo a Nuestro Señor que así como por algund respecto de virtud y por amor de la cristiandad lo enprendy, que así me dio Él gracia, que no solamente de sus acostunbrados perdimientos yo guardé la çibdad, mas aun fartas veces entré a correr a Granada y a su reyno, y fice asaz daños en los lugares de aquél.

»Y oue lugar de seguir este santo exerçiçio fasta que, por nuestros pecados, nascieron tantos y tan grandes escándalos en aquestos reynos, por algunos caualleros que contra el estado y persona de la real magestad se mouieron, a que fallándome en esta tierra quasi solo, y sienpre porfiando en el seruiçio de mi prinçipe y rey, cargó desta causa sobre mí y puso sitio contra esta çibdad el mestre de Calatraua y otros caualleros, con toda quasi el Andalucía; quemó las mieses de aquélla, taló las huertas, robó los ganados, despobló las aldeas, destruyó la gente, catiuó y después de catiuos mató algunos de los más leales a su prinçipe y señor, y puso, a la postre, tanta cizaña dentro el cuerpo de la çibdad, que se ovo de fallar quien tratase de ge la vender. Mas guardóme Nuestro Señor, y ovo piedad de su pueblo.

»Siguió después desto un año de tanta fanbre que pensé que se acabara quasi de despoblar la çibdad, porque los moros de una parte, los malos cristianos de la otra, que auían ocupado todas las aldeas, y la fanbre so-

bre todo, tenían tan aflegido este pueblo, que ya no abastaua diligencia de onbre a poder en tantos males remedio poner. Remedió Nuestro Señor la fanbre, mas quedó tan gastada la gente, que fue marauilla entre tantos peligros y angustias poderlos detener y no desanparar la çibdad.

»Agora, muy bienaventurado Padre, que pensáuamos descansar, ocurre otro mayor daño. Ca por algunas diferencias entre los principales caualleros de Córdoua nascidas, ligáronse con los moros en conde de Cabra e Martín Alonso de Montemayor y sus aderentes; y diéronles entrada para en tierra de cristianos. Y no sola una vez, y aun aquélla a grand peligro de fartos logares que corrieron y robaron, mas otra y mucho peor que no fue la primera; ca entraron, Santísimo Padre, los enemigos de la cristiandad a esfuerço de los mismos cristianos. Entraron, y en día solepne, domingo veynte y nueue de setiembre, día de Sant Miguel; y no como solían, fasta quatro o çinco leguas, mas entraron y fasta ocho o diez leguas. Y haciendo su camino por entre las más fuertes, más espesas y pobladas villas de toda la frontera, que de ninguna dellas salió quien, si quier como deuiera, avisase a los tristes que se perdieron.

»Entraron, finalmente, donde nunca o quasi nunca moros llegaron, quemaron dos lugares, robaron los ganados dellos, robaron las haciendas; qué digo, robaron mas quemaron, que fue peor, mucha de la gente, que por ser en domingo y ser en amanesciendo los tomaron dentro en sus camas. Y tal priesa el fuego les dio, que se quemó grand parte dellos. Y los tristes que escaparon, como salían fuyendo del fuego, cayan en las armas de los crudos y fieros moros, que con tanta feroçidad los reçebían que les arrebatauan de los braços los hijos, les arrestrauan de los cabellos las hijas, las doncellas desonrrauan, forçauan las casadas; o a lo menos, maltrayan los padres ante los hijos, los hijos ante los padres, crudamente despedaçauan, y todo en fin lo vañauan de sangre de cristianos.

»Ni perdonaron a la sagrada iglesia, mas aquélla por fuerça entrada, y ensuciada de mucha sangre, llegaron al altar y al saçerdote reuestido y un monge que avien dicho misa dieron tantas y tan fieras feridas que ninguna figura de onbres en ellos quedó, acochillaron las santas ymágenes, desonrraron el cruçefixo, la deuota figura de Nuestra Señora quemaron, blasfemaron el nombre de Cristo, profanaron su templo santo, arrastraron las reliquias y ningund linage de ynjurias supieron que a Cristo la dexasen de facer.

»¡O santísimo y soberano pastor! Mire Vuestra clementísima Santidad. Mire quán fiera y saluajemente se derrama la sangre de vuestros ynocentes corderos. Mire quán sin esperanza de remedio alguno los lieuan para sienpre catiuos. Mire quán pesado y terrible sea el yugo de seruidumbre en que ya los tristes están. Mire más vuestra cristianísima piedad quán cruel e ynjuriosamente roban la yglesia vuestra, facen pieças los saçerdotes y

maldicen el nonbre de aquel mismo Cristo cuyo logar en la tierra tenéys.

»Piense, después, vuestra misericordiosísima virtud con qué dolor y entrañable sentimiento de piedad yo que solo salí con la gente desta çibdad en socorro de los cristianos, de que vy el grand poder del rey moro, y no sólo del rey moro mas del conde y de los suyos, de que vy la grand quema y daño terrible que en la cristiandad se avie fecho, de que vy a mis fermanos y todas sus haciendas en perpetuo catiuero leuar y no les poder algund cobro dar. ¡Con qué angustia y pasión, con qué amargura y tormento, los pude yo mirar; y mirando, triste, boluermel

»Pues ¿a quién reclamaremos, ¡O muy bienaventurado Padre!, nosotros los cristianos, vuestros fidelísimos hijos, saluo a Vuestra Santidad? ¿A quién yremos, que ya el rey mi señor no puede, segund sus trabajos y nesçesidades; sus caualleros mucho menos quieren, ante ay algunos que nos son más contrarios que los mismos enemigos de Cristo? Ya Carlos el Grande, que solía, Godofré de Bullón, que osaua, nuestros muy santos reyes que ganaron esta tiera, ocupados por la muerte, no vienen.

»Y lo peor, clementísimo Padre, que las amenazas de los moros de contino creçen, e ya no miran sino a esta çibdad, porque sola ésta les resiste, sola tiene el paso y la guarda de aquesta tierra. Aquesta perdida, toda la frontera está en sus manos. Sola ésta queda, sola y desanparada de todos, que no ay onbre que mire por ella. Sola ésta les viene tan a mano, que solas doce leguas está de Granada, tres de Canbil e Alhauar y quatro de Arenas y Montexícar.

»Pues no que ignoren que sola ésta ha leuado sobre sí todo el cargo y fatiga de las guerras pasadas, así de moros como de malos cristianos. Así que de cansada, de robada y quasi destroyda no puede más leuar. Pues ¿cuándo, Santísimo Padre, ternán los fieros moros mejor tiempo, sazón y logar que agora para la acabar de destruir? ¿Y cómo podrá ver Vuestra clementísima Santidad la tanta y tan sobrada nesçesidad en que estamos sin mouerse a compasión? Y nosotros dando boces y gimiendo a vuestros pies, nuestro Santo y tan piadoso Padre, ¿cómo podrá çerrar sus entrañas y no nos ayudar y valer?

«¡O, pues, soberano y benignísimo príncipe de la cristiandad, o padre clementísimo, subuenid a vuestros hijos, y con el thesoro de la Yglesia y limosna de los cristianos socorred a esta çibdad! Y pues nosotros ponemos todas las haciendas, las mugeres, los hijos, los parientes, la libertad, la patria, y a la postre, las vidas, pongan los otros cristianos siquier un poco dynero por la santísima defensión, no de cualquier, mas de la misma cosa pública de Cristo.

»Y otorgue Vuestra Santidad para esto plenaria yndulgençia a todos aquéllos que siquiera un mes estovieren a su costa en defensión desta çib-

dad o expugnación de algunos castillos de moros por donde la çibdad mayor peligro pasa. Y a todos aquéllos que, no pudiendo venir y por alguna causa o legítimo ynpedimento lo dexando, enbiaren a sus expensas alguno otro en su lugar, o enbiaren tanto dinero quanto avien de gastar en la guerra. Y dure la yndulgençia dos, tres, o tantos años quantos a Vuestra Santidad sea bien visto y la nesçesidad lo requiriere. Fará en ello Vuestra cristianísima Santidad grandísimo seruiçio a Dios, a toda la cristiandad mucho bien, y a esta çibdad, y no a ella solamente mas a toda el Andalucía y a mí señaladamente, sobrada y espeçial merçed e limosna.

»La santísima y muy bienaventurada persona y estado de Vuestra Santidad Dios nuestro señor todos tienpos conseruar quiera, a bueno e próspero regimiento de la su uniuersal Yglesia. Escrita en Jahén, a quince de otubre de setenta e uno años. de Vuestra Santidad muy omill e obediente sieruo, que los santísimos pies de aquélla beso.—El Condestable de Castilla» (18).

Miguel Lucas de Iranzo, además de otros sucesos, en su carta se detiene en relatar con más prolijidad lo que acababa de ocurrir en los lugares de Santiago y de la Higuera de Martos por la sangrienta incursión que los moros llevaron a cabo el 29 de septiembre, como habíamos dicho más arriba.

Queremos dejar constancia del acento conmovedor que se desprende de esta epístola de la que Mata Carriazo afirma que constituyó «el último acto personal de cierto relieve que reseña la Crónica» (19), la cual finaliza con los sucesos del mes de diciembre de ese mismo año de 1471. Y queremos dejar constancia de ese acento por el indudable valor estilístico, emocional y profundamente humano que se desprende de su lectura. ¡Qué hondamente nos suena ese recuerdo de Carlomagno, de Godofredo de Bullón, y de otros reyes pasados, quienes *ocupados por la muerte, no vienen!* El estilo anafórico refuerza el sentido de soledad y desamparo que sufren el Condestable y su pueblo. La carta, con su doble valor histórico y literario, es un puro grito que se alza inútil pero apasionadamente en el vacío de las conciencias. Ya no hay quien auxilie a la noble ciudad de Jaén que no tiene fuerzas contra el creciente poderío del rey moro de Granada.

Poco más de veinte años después, los Reyes Católicos habían conjurado definitivamente todo este peligro. Pero el Condestable Iranzo lo ignoraba entonces y no vivió lo suficiente para verlo, ya que fue muerto en 1474 cuando se arrodillaba en el interior de la iglesia en la que él tenía la costum-

(18) *Hechos del Condestable...*; págs. 470-475.

(19) *Ibid.*, XXXIV.

bre de oír misa; en ese momento, alguien le dio un fuerte golpe en la cabeza con una ballesta de acero, y otros que estaban alrededor «le firieron con lanzas y espadas, de tal manera, que no quedó en él señal de persona humana» (20).

* * *

Pasemos ahora, siguiendo el plan que nos propusimos al principio, a analizar la figura de Sixto IV como promotor de la cultura y como activo mecenas de las Artes en Roma.

Francesco della Róvere, fraile franciscano elevado a la silla pontificia, tenía justa fama de teólogo, predicador y humanista. Poseía una erudición y una fuerza dialéctica poco comunes. Su pintor de cámara, Melozzo da Forli, nos lo presenta físicamente, en un lienzo de la galería de pinturas del Vaticano, como un hombre de estatura mediana y de complexión fuerte. Su rostro, de facciones regulares y armoniosas, con algunas arrugas en la frente, produce la impresión de ser enérgico.

El nuevo Papa tenía grandes semejanzas con el otro gran mecenas que se llamó Nicolao V. Ambos eran ligures y de humilde nacimiento; ambos fueron hombres de ciencia, emprendedores y protectores de las Artes. A su llegada al pontificado, Sixto IV se propuso seguir en Roma la ingente obra artística comenzada por Nicolao V, simultaneándola con la defensa de la Cristiandad.

Con motivo del jubileo que, desde 1475 en adelante, habría de celebrarse cada veinticinco años, el Papa comenzó ya desde 1473 a embellecer y remodelar la ciudad de Roma. El *Ponte Rotto*, llamado así porque estaba muy deteriorado desde hacía largo tiempo, fue lo primero que remodeló desde los propios cimientos para que pasaran por él cómodamente todos los que acudieran al jubileo. Desde la terminación de las obras recibió el nombre de *Ponte Sixto*. El puente, que no resultó estéticamente perfecto, fue construido sin embargo con evidente solidez y por él transitaron ya los peregrinos que acudieron al año santo de 1475. También en ese mismo año quedó arreglada la conducción del *Acqua Virgo* que desde el Quirinal se continuó hasta la fontana *Trevi*. Los artífices de esta pieza maestra fueron el florentino Antonio Lori y Jácome de Ferrara (21).

(20) Así lo cuenta Mosén Diego de Valera en el *Memorial de diversas hazañas*; pág. 244.

(21) SCHMARROW, *Storia della Acque*. Roma, 1832.

Sixto IV ordenó restaurar las iglesias de la ciudad que lo necesitasen. Hizo colocar nuevas ventanas de mármol con vidrieras en la Iglesia de san Pedro para que entrase más luz. Mandó limpiar y pavimentar las naves laterales de la basílica de Letrán (22), e impulsó la construcción de diversas iglesias y monasterios. Este afán de renovación llegó a tal punto que el cronista y biógrafo Platina escribía en 1474: «en todas partes de la Ciudad se edifica tanto que, si Dios da vida al papa Sixto, en poco tiempo vendrá a adquirir una nueva forma» (23). Por estas fechas ordenó la remodelación del hospital de *Santo Spirito* para acoger a los peregrinos que llegasen enfermos.

Con visión urbanística mejoró, pavimentó y embelleció muchas calles de Roma, comenzando por empedrar con adoquines la vía que se extiende desde el puente de Sant-Angelo hasta el Vaticano. También restauró los muros y puertas de la ciudad. La Roma medieval, como tantas otras ciudades de Europa, era una maraña de calles estrechas, sin orden y embarradas cuando llegaban las lluvias. Sixto IV introdujo en ellas limpieza, aire y luz. En junio de 1480 mandó enlosar las aceras, construir nuevas plazas y ensanchar las ya existentes. Puso especial empeño en lograr una simetría urbanística. Abrió la *Vía de Cavalli* y la *Vía Santa* que después se llamaría *Borgo Vecchio*.

Aparte de estas y otras ordenaciones que armonizaron la estética general de la Ciudad Eterna, en el Vaticano restauró la Biblioteca e inició y llevó a feliz término los trabajos de construcción de la Capilla que llevaría su nombre. De esta *Capilla Sixtina* nos ocuparemos enseguida.

Asimismo ordenó la edificación de *Santa María del Pópolo* que quedó terminada en 1477. Dicha basílica, con sus tres naves, con su cúpula octogonal y con su fachada que muestra el puro estilo del Renacimiento, pronto se convirtió en la iglesia preferida de Sixto IV, quien la visitaba todos los sábados y celebraba «allí los más importantes acontecimientos de su reinado» (24).

Sus poderosos parientes y amigos emularon en cierta medida el mecenazgo del pontífice. El Cardenal Marcos Barbo llevó a término la construcción del grandioso palacio de *San Marcos de Venecia*; adornó el altar de

(22) MARIOTTI, *Il Laterano e l'ordine Francescano*. Roma, 1893.

(23) Para estas noticias véase Ludovico PASTOR, *op. cit.*, t. IV; págs. 246 y sigs.

(24) *Ibid.*, 437-438.

su iglesia con ricas esculturas y erigió un monumento funerario a su difunto tío el Papa Paulo II. Pronto proliferaron las construcciones de estos grandiosos mausoleos generalmente realizados por los famosos maestros Mino da Fiésole, Andrés Bregno, Luis Capponi y Juan von Trau, llamado el Dálmata. Éstos, además, hicieron durante el pontificado de Sixto IV imágenes de Vírgenes, ángeles y santos. El arquitecto preferido del Papa fue Giovannino de' Dolci, pero también realizaron trabajos para él Baccio Pontelli y Jácome Pietrasanta.

El espíritu humanístico y el deseo de proteger y fomentar todas las manifestaciones artísticas fue realmente grandioso en el Papa Francesco della Róvere, quien también supo apreciar y recompensar el trabajo de los grabadores, plateros, ebanistas, tejedores, bordadores y vidrieros. Para la escultura confió en la técnica reconocida de Verrocchio (1435-1488), quien fue a la vez pintor y escultor, maestro de Leonardo de Vinci, y creador de «la más hermosa figura ecuestre del Renacimiento, la potente imagen del condottiero *Colleoni*, en Venecia» (25). Pero si el interés de Sixto IV por la renovación urbanística de la ciudad, por la remodelación o construcción de edificios y por la decoración de los mismos con esculturas fue grande, mucho mayor fue su interés por la pintura.

Para él trabajaron Botticelli, Ghirlandajo, Perugino, Pinturicchio y Melozzo da Forli, que fue su pintor de cámara, como ya dijimos. Este último, además de un grandioso cuadro titulado *Sixto IV, rodeado de los suyos, nombra a Platina Prefecto de la Vaticana*, obra de principios de 1477, decoró la capilla coral del Papa en san Pedro y pintó la Biblioteca Vaticana (26).

Hacia 1475, año del jubileo, se comenzó la construcción del edificio que ha tenido más resonancia en el Vaticano; en él se compendieron todas las manifestaciones del arte. Nos estamos refiriendo a la *Capilla Sixtina* que ha sido calificada de «brillante monumento de amor de Sixto IV a las artes» (27). Se terminó en 1483 y el nueve de agosto de ese año se celebró en ella la primera misa. Seis días más tarde, festividad de la Virgen, la Capilla fue consagrada al misterio de su Asunción.

(25) REINACH, S.: *Apolo, Historia general de las Artes Plásticas*. Madrid, Librería Gutenberg, 1924; pág. 175.

(26) PASTOR, *op. cit.*, pág. 450.

(27) *Ibid.*, 451.

Este edificio está construido sobre planta en forma de cuadrilátero prolongado aprovechando unos muros antiguos, posiblemente de una construcción de tiempos de Nicolao III. Mide en su interior cuarenta metros de largo por trece y medio de ancho y veintiséis de alto. Ante la posibilidad de cualquier ataque, por encima de la bóveda se construyeron aposentos en los que se alojaba una guarnición con su armamento para defender el Vaticano. El suelo de la Capilla se pavimentó con mosaicos de piedrecitas de distintos colores, de modo que, como dice Sigismondo de' Conti, «los contemporáneos contaron esta especie de alfombra de piedra entre las mayores bellezas de la nueva capilla».

En la decoración escultórica interior destacan los adornos de mármol de la baranda y la tribuna que recibieron los nombres de *Cancellata* y *Cantoria*. En el tallado de estos mármoles, con sus vides, guirnaldas, pavos ostentosos y escudos de la familia Róvere, se advierte la intervención de maestros tan reconocidos como Mino da Fiésole, muerto en 1484, Juan Dálmata y Andrea Bregno (28).

Pero lo que nos interesa destacar ahora es la serie de pinturas que Sixto IV ordenó llevar a cabo dentro de la Capilla Sixtina, trabajo que empezó a realizarse, entre 1478 y 1480, con el adorno del techo, labor encomendada a Pier Matteo Serdenti de Amelia. El principal pintor de las figuras de los Papas fue el florentino Sandro Botticelli (1444-1510), uno de los genios más originales y atormentados de la pintura. También intervinieron los florentinos Doménico Ghirlandajo (1449-1494), que embelleció sus pinturas con un colorido alegre y transparente, y Cósimo Rosselli, quien fue encargado de la realización de los frescos que adornan las paredes. A éstos se agregaron los pintores de la Umbría, Pietro Perugino y Pinturicchio. Ya avanzado el año de 1482, empezó a trabajar allí Luca Signorelli. Finalmente, señalaremos la participación de Piero di Cósimo, discípulo de Rosselli.

A todos ellos, con sus diferentes estilos, se les encomendó pintar escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento siguiendo un plan bien meditado. En todo el conjunto pictórico, además de las escenas bíblicas, se advierten «ingeniosas alusiones históricas que glorifican los principales actos del pon-

(28) Steinmann piensa que la *Cancellata* fue trabajada por los dos primeros artistas, mientras que un tercer escultor desconocido labró la *Cantoria* más los siete candelabros de mármol de la *Cancellata*. Por otra parte, Fabriczy prueba que el tercer artífice desconocido fue Andrea Bregno.

(29) PASTOR, *op. cit.*, pág. 472.

tificado de Sixto IV» (29). Posteriormente, muerto ya este Papa, varias de las pinturas desaparecieron para dejar espacio a las escenas del Juicio Final, a las representaciones más sublimes de Miguel Ángel.

Entre los frescos de la *Capilla Sixtina* descuellan, como en un tríptico glorioso, las supremas figuras de Cristo, Moisés y san Pedro; tres nombres en los que se condensa, según un patrón divino, toda la teoría de la redención de la Humanidad. Con estos símbolos, más bien gloriosas realidades históricas, el espectador puede contemplar, en la capilla más famosa de la cristiandad, lo que ha sido el arranque de la redención humana y lo que todo ello significa con la continuidad de una Iglesia que quedó afianzada sobre la firma base del Papa Simón Pedro.